



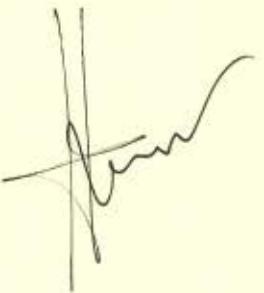
RETRATO EN PINTAL MEDIDA DE LA MILA =
GROSA IMAGEN DE N. S. DE AGUAS SANTAS ABUNDIA
RECIDA EN LA FALDA DE SIERRA MORENA Y TRIDRION D. V. VERDE
Ansp. de Sevilla A much. Indulg. Cofec. No. 1 Salve de la Virgen esta Imagen

PREGÓN DE LA ROMERÍA DEL CONVENTO VILLAVERDE DEL RÍO, 21 DE ABRIL DE 2006

HONORIO AGUILAR GARCÍA

Para la querida responsable de
este gráfico... por los buenos momentos
vividos con vosotros.

Floriano, abril 2006



Paredones del Convento
Dominando la campiña,
Antiguas lomas de viñas,
Cortan cual guadaña el viento.

Fue otro tiempo monasterio
De la orden franciscana,
Con bodegas y besana,
Un muy notable beaterio.

Alzaba una hospedería,
Cocinas y refectorio,
Biblioteca y escritorio,
El claustro y la portería.

Cuarenta y tantos pilares
De mármoles italianos,
Traídos de puertos lejanos
A Sevilla en nobles naves.

Y allá en la portería
Un cuadro donde veneran
A la Virgen de la Portera,
¡Mil lámparas encendían!.

Su biblioteca imagino
De códices y manuales,
De las ciencias inmortales,
De lo humano y lo divino.

Una cruz de humilladero
Con olivos y granados,
La puerta del Sol hacia el lado,
Los establos y un granero.

Y en la iglesia del cenobio
De una larga y alta nave,
El camarín con un ave
María en el oratorio.
Y aquí quedó lo que el tiempo
No puedo borrar sus huellas
En el monte son estrellas
¡Paredones del Convento!

Para que pueda rimar
Con tu nombre de aguas-santas
Tengo una bella palabra,
Hermosa como la mar
Y tengo en mi pensamiento
A la ermita del Convento
Junto al arroyo que canta.

Para que pueda rimar
Con tu nombre de aguas-santas
Tengo un anhelo en el alma,
Eterno como es amar,
Y tengo en mi pensamiento
Los árboles del Convento
Junto a la fuente que mana.

Para que pueda rimar
Con tu nombre de aguas-santas
Tengo alegre el corazón
Que se inflama de tu amor
Y tengo confianza en Dios,
En la vida que es un don
Y en el hombre que te aclama.

Para que pueda rimar
Con tu nombre de aguas-santas
Hoy me he dispuesto gozar
De este verso y este cantar
Y tengo el deseo de dar
A tus hijos que aquí están
Lo mejor que hay en mi alma:

Mi entrega y mi devoción
A mi mujer que es un sol,
A la mujer que me parió,
Y a mi virgen de Aguas-Santas.

PREGON DE LA ROMERIA DEL CONVENTO. ABRIL DE 2006.

Reverendísimo Sr. Párroco y Arcipreste de Villaverde.

Excelentísimo Sr. Alcalde y autoridades locales.

Hermano mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de Ntra. Sra. De Aguas-Santas.

Hermano mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, Santo Entierro y Ntra. Sra. De los Dolores.

Representación de la Asociación de la Cabalgata de Reyes Magos de Villaverde.

Señoras y señores.

Villaverderos y amigos todos.

Debo comenzar por devolverle a mi amigo Ricardo el mismo grado de generosidad que ha volcado en sus palabras. Gracias, pregonero de la Semana Santa de mi pueblo, por honrar este lugar precediéndome.

Habiendo cerrado hace unos días la Pasión y Resurrección de Cristo, el sol comienza a señalar que se acerca mayo y los árboles del Convento despiertan cada mañana recordando el sueño de amanecer en el día de la romería, ese mágico cuarto domingo de mayo.

Tenía pocos años de edad. El pelo rubio, alborotado; los ojos grandes, acaramelados y profundos; la nariz pequeña y la boca entreabierta en la que se dibujaba el perfil perfecto de una sonrisa. Su traje celeste de rayas la hacía aún más delgada y esbelta. Por debajo, sus rodillas lucían alguno que otro arañón y contrastaban con los calcetines perfectamente subidos, así como con los zapatitos redondos y nuevos. Portaba una pequeña maleta.

Había caído en medio de la calle, una tarde de mayo, a la vez primaveral y calurosa. En la acera, delante de cualquier casa del pueblo le esperaban sus abuelos, mayores y cercanos, rebosantes de ilusión por recibir a la nieta que por primera vez conocería la romería del Convento, de la que tanto había oído hablar a su familia. Sí, porque la romería pertenece a la memoria colectiva del pueblo, y por tanto a cada una de las familias que lo conforman. La romería es parte de cada una de ellas y en último término parte de cada uno de los hombres y mujeres que la sienten como propia, y que una generación tras otra supieron transmitir la fe y la devoción

hacia la advocación de Santa María de Aguas-Santas y con ello, la alegría de vivir y participar cada Romería del Convento.

Aquella niña, nerviosa por todo cuanto acontecería, todo aquello que había oído con los ojos entreabiertos desde muy pequeña, sonrió a sus abuelos en una mirada cómplice y cruzó la calle hasta fundirse con ellos en un fuerte abrazo. Y la tarde se volvió más blanca y luminosa.

Tal vez venía de la ciudad, llena de prisas y semáforos; o quizás de un barrio impersonal y monótono que podría estar en cualquier parte, o de aquel lugar donde cada estación del año pasa de la misma forma. Se encontró de repente en un pueblo limpio y tranquilo: un remanso al lado del Guadalquivir.

Rincón de mi Andalucía,
En el Reino de Sevilla,
Es del Guadalquivir orilla,
Donde siempre volvería.

Es una antigua alquería,
Resta un castillo anciano,
Es torre y puerto romano
Y de la vega vigía.

Es monte de las ermitas
Y de la mesa redonda
De las Calderas más hondas
Y fue tierra de eremitas.

Es tierra de agricultura
Y en aquellos otros tiempos
Hasta hubo tres conventos
Que dejaron su cultura.

Es fértil valle y es verde,
Es pueblo antiguo y es villa,
¡Es sencilla maravilla
Que se llama Villaverde!.

Al entrar en aquella casa del pueblo, de gruesos muros encalados, desde que traspasó el umbral de la puerta y miró al fondo de la casa, con las corrientes abiertas de par en par, divisando el patio y el corral con sus macetas y buganvillas, supo que le esperaban momentos llenos de felicidad, inquietud y sorpresa. Olía a romero y a tomillo; en cada rincón de la casa se percibía el aroma de la carne mechada, de los buñuelos de bacalao; olía a vino dulce y a naranjas, a miel, a almendras...

¡Era nada menos que la víspera del Convento!

Avanzando hacia el corral dejaba a un lado los manteles doblados para la fiesta, las flores de papel recién estiradas y al fondo una guitarra vieja y desgastada. Bajo la luz ámbar de la tarde, entre geráneos rojos y rosales amarillos, corrió sedienta hacia el oscuro pilón del patio, donde el agua manaba como fuente presurosa de la primavera; al llegar metió la cabeza bajo un hilillo cristalino y girándola mientras se mojaba la frente, bebió. Fue entonces cuando grabó en la retina de sus ojos el antiguo azulejo, en el que sobre la fuente, se adivinaba una pequeña imagen de la Virgen, con el Niño en sus brazos, y una inscripción que decía: "Hombres sedientos venid a mis Aguas-Santas".

Al beber, aquella niña diluía lo que podía leer entre las gotas de agua y todos los recuerdos más lejanos de su corta edad se convirtieron en un aluvión de sensaciones: una vieja nana en la que se nombraba a la Virgen llamada de Aguas-Santas, la imagen de una medalla colgada del cuello con el cordón rojo y celeste o un recuerdo de muy "chica" cuando hasta la subieron en un paso algún ocho de septiembre... De este modo el testigo de la fe había cruzado una nueva generación y María podría aclamar: "Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho grandes obras en mí; Su nombre es Santo".

Corrió hacia su abuelo, le abrazó y con voz aguda le dijo: ¿Cómo es el día del Convento, abuelo? Él, emocionado, con los ojos brillantes ya no podía hablar... sólo podía susurrar una plegaria a la Virgen:

Risueña y joven madre,
Pequeña cual niña fuiste
Cercana y amiga fiel,
A tus hijos quisiste.

Tan sencilla como humilde,
Amable y admirable
Virgen del pueblo
Sublime y venerable.

Tú, tesoro de Sierra Morena,
Sí, virgen serrana,...
Azahar de la campiña y la vega
Centro del gozo y la pena:

Dios te salve Virgen pura
De Aguas-Santas sacra aurora
Reina de la jerarquías
De Villaverde Patrona.

Mar inmenso lleno de aguas
De gracia y misericordia...

Desde hace siglos
Siempre a tus plantas
Villaverde así te canta
¡Santa María de Aguas-Santas!

Desde la calle se oía el tumulto, un murmullo de gentes, gritos de niños... La niña corrió hacia la puerta de la casa y desde allí observó a dos enormes bueyes, pesados y lentos, de ricos frontiles y sonoros cencerros, que avanzaban por la calle entre la larga caña del boyero y el cohetero con su docena de cohetes. Tras los bueyes, decenas de niños vibraban con el estallido de los cohetes, ilusionados por la fiesta que se avecinaba. Aquella niña no pudo quedarse quieta y corrió hacia el grupo para perderse entre las calles del pueblo con la algarabía: calles de Arriba, del Medio, Dehesa, Graná, Polvillo, Castillo, Cañaveral,... Observaba a los vecinos en las puertas de sus casas al paso de la comitiva, con la mirada puesta en la mañana que acontecería; saludó a todos aunque no les conociera y se sintió feliz e ilusionada.

Cuando la oscuridad hacía más estrechas las calles del pueblo y la tenue luz de las farolas engrandecía las fachadas de las casas, la niña volvió con sus abuelos que le esperaban inquietos, dispuestos a prepararle para la ofrenda. ¿Qué sería aquello?

Al llegar a la plaza, junto a la puerta de la iglesia contempló un reguero de niños que ataviados de corto o de flamenca, portaban claveles, nardos, gladiolos,...lentisco, madreselva,...Al son de la flauta y el tamboril desfilaban, muchos de ellos con pasos diminutos, hasta alcanzar el porche de la iglesia. De nuevo un azulejo que replicaba a la Madre de Dios, vestida de plata y azul. El abuelo, a los pies de la Virgen le leía: En conmemoración de la coronación canónica de 1.979.

¿y qué es una coronación canónica?, preguntaba la pequeña. Emocionado, recordando aquella mañana del ocho de septiembre, contestaba:

-Es un reconocimiento de la devoción y el amor de un pueblo a una advocación de María, a un nombre de la Virgen. Y aquí, cuando las coronaciones canónicas eran concedidas exclusivamente por el

Vaticano, entre las primeras devociones que solicitaron este reconocimiento y le fue concedido, Villaverde estuvo por delante. Y al solicitarlo a Roma, tal fuerza tuvo esta petición por su solera, su historia y su singularidad, para que fuese coronada.

"Por eso Pablo VI en Roma
Ni un momento lo dudara,
En ceñirte una corona
Como Reina y Soberana.

Y vino Bueno Monreal
A postrarse ante tus plantas
Y al verte sobre el altar
Te coronó virgen santa.

Porque eres fuente de amores
Y eres llena de la gracia,
Y eres madre de favores,
Y eres virtud y constancia.

Aguas de almas sedientas,
Santas de fuente sagrada,
Qué bello nombre compuesto:
Aguas-Santas Coronada.

A los pies de la Virgen un hermoso jardín había florecido. Cada ofrenda era un resumen de cada una de las historias vividas a lo largo del año; historias que se convierten en plegarias, oraciones, agradecimientos, promesas,...

Qué pena que el gran viajero
No conociera tu estampa,
Pues llevó al orbe entero
Un mensaje de esperanza.

Escúchale que a su lado,
Virgencita de Aguas-Santas,
En el cielo acompañado
Rezará por nuestras almas.

Un líder para los hombres,
Querido por todo el mundo,
Un gran papa y un gran hombre
¡Nuestro Juan Pablo Segundo!

Los cohetes estallaban al despuntar la mañana, despertando hasta el vecino más alejado del pueblo. Desde ese momento no habría nadie en Villaverde que pudiera dormir. Resultaba un modo exultante y certero de pregonar el día grande que había comenzado: ¡Es el día del Convento!.

Abuelo ¿y por qué la Virgen se levanta tan temprano?, preguntaba con los ojos medio cerrados tras el largo sueño, nerviosa con los estallidos de los cohetes...

- Pues porque es madre y tiene prisa para reunir a todos sus hijos, que son tantos y vienen de tantos lugares lejanos y distintos que ha de apresurarse para llegar pronto al Convento. Este fue el lugar que escogió para mostrarse a sus hijos, el primero de ellos un pastor que cuidaba de sus ovejas en tiempos de sequía, llamado Juan Bueno, hace mucho tiempo, allá por el siglo séptimo, siendo San Isidoro Arzobispo de Sevilla ; después de esto fue escondida durante la invasión de los árabes y encontrada de nuevo por Juan de Sevilla en tiempos de San Fernando, y aquí permaneció, cuidada por los frailes franciscanos que se trasladaron del vecino convento de San Francisco del Monte para fundar el Convento de Aguas-Santas. En él fue venerada hasta las desamortizaciones del

siglo XIX cuando los frailes tuvieron que abandonar el Convento y Ella se trasladó a la Parroquia de Villaverde, para así estar más cerca de sus hijos...

El abuelo hablaba de Ella como si de una vecina se trataba. Eran muchos años a su lado, tantos momentos y vivencias que no podía evitar hablar con tanta proximidad.

Si tú fueses aurora
Yo quisiera ser noche,
Si tú fueses día,
Yo querría ser mañana.
Si tal vez fueses tarde,
Yo mediodía,
Y tú si fueses noche,
Atardecer eterno;
De este modo cerca te tendría.

Quisiera convertirme
En el frontil que adorna
La cabeza de los bueyes,
Los que tiran de la carreta
Que llevan de Villaverde
Y así estar a tu vera,
Siempre mirando de frente
Por el camino que tú pisas
Y así más cerca tenerte.

Quisiera ser romero del campo,
Juncia, jara o tomillo
Y tu carreta engalanarte.
Quizá ser un ángel
Para un rosario acercarte
De aquellos del simpecado,
Y desde temprano adorarte.

Y quisiera ser aquel pastor
Para aún más cerca gozarte
Y como él, lleno de amores,
Siempre rezarte...

Así me siento madre: querría ser
La senda que tú pisas,
El tallo para llevarte,
Quisiera ser carreta de plata
O custodia donde reposarte.

Quisiera ser tu ráfaga, tu peana,
El pastor que siempre te guarda,
Las andas que te levantan,
La cera que se enciende para tí:
Virgen Bendita de Aguas-Santas.

Aire fresco, limpio, casas encaladas, ajetreo de carretas y carriolas, caballos y jinetes, flamencas, cacerolas de pestiños y cajas de piñonate; ajetreo, prisas, caras de mucho sueño y vecinos corriendo hacia la plaza. En Villaverde hay una mañana distinta a las demás, más presurosa, más feliz y brillante: es la mañana de la Romería, cuando el pueblo se encamina hacia la ermita para allí celebrar la Misa del Convento.

La carreta de plata, cargada de flores y tirada por bueyes avanza por la calle Polvillo. Alrededor, jinetes a caballo con el estandarte de la antigua hermandad de Nuestra Señora se disponen a recoger el señero Simpecado de la Virgen. Aquella niña, llegaba por la dehesa hasta la plaza, y allá en el andén del ayuntamiento se preguntaba por qué tanto alboroto. En la carreta aún no había nada, y por qué una carreta...

El abuelo le explicaba como esta antigua romería, de siglos de tradición, fue cambiando con el tiempo. Que la forma actual no es tan antigua, aunque sí la celebración de la Misa del Convento. Le contaba, como después de la custodia de la imagen por los franciscanos, aquí en el Convento de Aguas-Santas, con la estancia definitiva de la Virgen en el pueblo, Villaverde venía anualmente, como lo hiciera cuando Ella estaba aquí, al igual que la Hermandad de Sevilla o los vecinos de Alcalá del Río y otras poblaciones, a celebrar su romería, la fiesta en torno a la madre, trayendo consigo el Simpecado en una carreta de plata, antes de flores de papel.

Y ¿Qué es el simpecado?
Es un paño de terciopelo, le decía, bordado con la imagen de la Virgen y que se usaba para rezar el rosario por las calles, como

una pequeña procesión, donde los devotos cantaban y oraban. Y nuestro simpecado, decía orgulloso, es de lo mejor que puedes ver: es sobrio, elegante, con mucha solera. De un rojo oscuro, envolvente, donde se dibujan dos ángeles quietos y serenos sobre las cruces pontificias. Y en el centro, la virgen tal y como la imaginaron los franciscanos del Convento. Con el Niño en su lado izquierdo y el cetro en la derecha. . El Hijo porta un libro y bendice al mismo tiempo. Y a sus pies brota la fuente del agua que da la vida, la salud,... El pastor acompañado por sus ovejas y una curiosa tortuga...

Del simpecado prende la medalla del anciano enfermo, o la sortija de la madre abatida que jamás perdió la esperanza... Prendidas como las moñitas de distintos colores, debajo del manto de la virgen, que servirán para consolar y seguro para sanar a alguien que lo necesite...

Agradecido estarás
Como la mujer tullida
Que en Sevilla fue sanada,
O aquella doncella que en el Betis
Crecido de madre se salvara,
Un sábado de carnestolenda,
En tiempos de Miguel Mañara.
O la reserva de nuestra señora
De la peste a los vecinos de Cantillana.
O la mujer de Brenes o la esclava
De Sevilla, que no andaban.

Y como contase Alonso Díaz de su estancia en Sevilla:

“Y nueve días estuviste
Nos distes vientos suaves,
Y agua del Cielo nos distes,
Sanastes dolores graves,
Tullidos andar hicistes”.

O aquel niño que curaste
del Castillo de las Guardas,
a otro de Alcalá del Río,
a la mujer que vino de Galicia,
la gallega que no hablaba,
o a un mozo de la Campana.

Otro de Fernán Núñez,
Otro de los Pedroches,
Aquel que vino de Martos,
Y el que vino de Cazalla.

Estos son muchos milagros,
Los que en tu historia se narran,
De todos ellos me quedo
Uno por tener mucha gracia.
Cuenta que hace cuatro siglos
Un hombre de Cantillana
Cruzaba el Guadalquivir,
En carreta por bueyes tirada,
Y lo arrebató la corriente,
Y las vacas quedáronse ahogadas.
En medio de la crecida
Una barcaza le salvara
Con un manto de la Virgen
Que del Convento llevaran.
Y lo agradeció para siempre
Ante el escribano del pueblo
En una carta firmada:
Para mayor alabanza
De la que es madre de Dios
Y es la reina soberana,
Más hermosa que el jazmín,
Más virgen que la azucena,
Más aurora en la mañana,
Más pequeñita para entrar
En el corazón que se abra,
Más morenita del sol
Que con su fuego la abrasa,
Más bella que una paloma,
Más limpia que el agua clara.
Para mayor alabanza
De la que es madre de Dios
Y es la Virgen de Aguas-Santas.

Campaneo de la torre. Plaza llena de naranjos y de romeros. Voloteo de pajarillos sobre la carreta de plata. Bueyes, flores, palmas y sevillanas. Y en el centro de ese universo Ella, la madre, el centro, la virtud, el gozo y la alegría. Ella, pequeña, sonriente y cercana. María reflejada en un cuerpo diminuto, exacto y rotundo; un cuerpo pequeño pero fuerte para sostener al Hijo, Jesús el de Nazareth, Dios y Hombre. María, flor delicada de la pureza y la gracia. Es la representación de la maternidad sobre el añarido terciopelo, rojo de pasión, antes azul de agua. Es la medida de miles de hilos de seda, cada uno de ellos el alma de cada uno de sus hijos, de aquellos que hoy la contemplan y de aquellas generaciones pasadas que permitieron hasta hoy continuar esta bella historia, siempre inacabada. Sin ellos nada tendría sentido; Sin este pueblo esta devoción no existiría. Virgen y pueblo es la simbiosis más perfecta: sin alguno de ellos, serían irreconocibles...Es el color de las preciosas sedas, matizado por el paso del tiempo: La carne se convirtió en marfil noble y sereno; el azul de su manto en celeste cielo; el rojo de su saya en coral marino y discreto.

Para la pequeña eran demasiadas erudiciones sobre un trozo de tela, pero intuía que allí se concentraban muchos años de historia. Más se sorprendió cuando observó entre cohetes y vuelo de campanas, que el simpecado era depositado en la carreta entre la emoción de sus devotos que cantaban:

Patrona de Villaverde
Aguas-Santas Coronada,
Grande como mar inmenso
Limpia como el agua clara.

Es tu fuente cristalina
Manantial de limpias aguas
Donde la beben tus hijos
Para el cuerpo y para el alma.

Fue Juan Bueno aquel pastor
que en la fuente te encontrara
y abrevaste a su ganado
de la sed que le asolaba.

Ya el santo Isidoro dijo
Para el bien de nuestras almas

Que una ermita en estos sitios
A tu nombre levantaran.

Tu nombre es torrente vivo
Y es rocío de la mañana
Es un manantial divino
Que encontramos en el camino
Que la vida nos depara.

En la fuente de Aguas-Santas
Quiero yo saciar mi sed
Y las heridas del alma
En tu fuente Virgen santas
Poder lavarlas también.

Villaverde y Aguas-Santas
Son dos nombres que hizo Dios
Y enlazándolos en las historia
Hizo un camino a la gloria
Desde mi pueblo hasta Dios.

Avanzando por la calle Polvillo observaba como otros niños montaban airosamente su caballo, erguidos, perfectos...y comentaba a su abuelo, aún emocionado por el himno de la Virgen, que querría volver algún año montando, como fueron siempre los villaverderos al Convento.

¡Qué hermoso sería
Galopar hasta la sierra
Sobre una jaca torda
Con las crines sueltas.

El paso breve y seguro
¡Qué belleza!
Y tomar de la ribera
El agua clara y fresca.

Camino del Convento
Van los jinetes
Sobre corceles blancos,
Entre los juncos verdes.

Camino del Convento
¡Mira qué suerte!
El Tamujal se queda
Quieto por verle.

Camino del Tamujal
¡Ay cuánta gente!
Qué tranquilos los bueyes
Por las adelfas vienen...

¡Qué bello es el camino
Cuando la primavera florece
Y tomando cualquier sendero
Saber que nos espera siempre.

¡Es la ermita del convento,
La joya de Villaverde!

Con María así representada, la madre y en su regazo Jesús, el Hijo, así de pequeña y enorme, este pueblo sabe cada año renovar el rito: desde la iglesia la acompañará hasta su ermita, en las primeras estribaciones de Sierra Morena, aquí donde la fértil vega del Guadalquivir se torna en monte plegándose ante la Subbética. Y es aquí, junto al arroyo, Escardiel en la Sierra y Siete Arroyos en la campiña, el final del camino, el objeto del peregrinaje, la fiesta de la romería.

Saciada estará mi alma
Al llegar a la Alcobita
Pues mi fe hoy se alimenta
En la fuente de la ermita.

Escardiel, nombre de ribera y Virgen,
Que en la sierra se enmarañan,
Que vienen por Castiblanco,
Tierra materna que entrañan.

Escardiel, nombre de ribera y Virgen,
Ermita de la sierra parda,
La ribera le da el nombre,
Mientras ella la dehesa guarda.

Arroyo de sol y luna,
Los siete arroyos de plata,
Que al llegar a la llanura
Quiere hacer una parada:
Para besarle los muros
Y recogerle las aguas,
A la ermita y a la fuente
De mi Virgen de Aguas-Santas.

Es aquí en el Convento, junto la ribera, la explosión del júbilo y de la fiesta, cuando al llegar la carreta del simpecado , la oración se hace cante y la plegaria sevillana:

Andando por el camino
No he "sentío" que la mañana
Tornaba en el mediodía
Que el sol subía y apretaba
Y detrás tú, madre mía.

Del camino polvoriento
Traigo seca la garganta,
Y tanta sed que bebería
Los veneros de aguas santas
Que brotan en el Convento.

Atrás quedó Villaverde,
Atrás sus casas, sus gentes;
Entre cantes y sevillanas
Adivino allá a lo lejos
La ermita con su campana.

Y cuando llego al recinto
De casetas y arboleda
¿Que haría yo primero?
Pues visitarla en su ermita
Como buen villaverdero.

Contemplar que la Virgen
Mira con ojos celestes,
Del mar que surcó su nombre
Y allá en la lejana América
Su devoción perduró siempre.

Tiene la Virgen su traje
De color grana y el manto
También de un azul celeste,
Y el Niño que lleva en brazos
Una túnica cromada en verde.

Verde de las encinas
De las tierras extremeñas
Donde también su nombre
Los hermanos franciscanos
Llevaron de Villaverde.

Porta la toca dorada
Y sobre ella la ciñe bizantina
Corona de gemas rojas y verdes,
Los zapatos puntiagudos
Como los del niño sonriente.

Está la señora sentada
En sobrio banco de piedra,
De roca amarilla e inerte.
Y un pico dibuja un triángulo
Colgando del manto celeste.

Y en su manita derecha,
Tal vez, antes gótica flor,
Hoy el cetro que ella sostiene,
Es el cetro del amor
Y no del poder terrestre:

La quietud de su pecho
La majestad y el reposo,
Representa en el rostro
La alegría en la frente
Y en sus labios el gozo.

Y el Niño que en sus rodillas
Y en silencio le requiere
Bendice con la derecha
Y con la mano izquierda
Un libro sagrado sostiene.

Así es esta dulce señora,
La de los ojos celestes,
Es frágil y a la vez fuerte,
A un tiempo humana y divina,
Es comunicativa y silente.

¡Qué bella su imagen!
Y que ni el viento la roce,
Ni que el frío de la noche
O el rocío de la mañana
Puedan helar su frente.

Y desde este pobre pregón
Os pido que la miméis siempre,
Que sin María de Aguas-Santas
Y sin su Hijo, Jesús Cristo
¡Mi pueblo nunca será Villaverde!

Bizantina, románica, protogótica,... muchas teorías para analizar su antigüedad, su estilo, su gracia... Del siglo VII o del XIII, resulta siempre enigmática y es una imagen sobre la que no existe una sola teoría. Realmente es una escultura singular y diferente. No solo una de las más antiguas de esta archidiócesis de Sevilla, donde miles de devociones confirman que es la tierra de María Santísima. No solo una de las más veneradas, capaz de movilizar a miles de peregrinos que acuden cada año a su romería o a su fiesta de la Natividad cada ocho de septiembre. Es singular porque identifica a todo un pueblo, sin diferencias ni ideologías.

Así lo vivimos cuando se celebraba el veinticinco aniversario de su coronación canónica en la que cada barrio, cada casa y cada calle del pueblo mostraba lo mejor de sí. En aquel recorrido por todos los rincones del pueblo, lleno de emotivos momentos, cada villaverdeño estaba ilusionado con el paso de la Virgen, ya fuese la primera vez que lo visitaba o así lo hiciera cada año. Era impresionante observar a todo un pueblo absolutamente involucrado en la devoción que le une: Santa María de Aguas-Santas.

Cada plaza era un altar y así nos sorprendió el Cerro Molino convertido en un efímero templo donde albergarla. O el Castillo hecho retablo para depositarla. O el barrio de la Huerta de Carlitos transformado en ermita. Y el barrio de San Sebastián transfigurado en barroco templete donde entronizarla.

Posando como paloma
Buscando un nido
Aquel primero de mayo
En el Cerro del Molino.

Con la luz de la tarde
Volando cual pajarillo,
Buscando un retablo
Allá en el Castillo.

En la luminosa mañana
Con el sol más expedito
¿Estabas en el Convento
O en la Huerta de Carlitos?

¿Y recuerdas aquel domingo,
A la sombra de la tumbilla
Muy cerca del río,
En el barrio de la villa?

Pueblo de cal y de agua
De azahar y de aire,
De naranjas y de montes,
De campo y de arte.

¡Qué suerte vivir tu fiesta!
¡Qué suerte por haber "nació"!
¡Y qué suerte que te quedaste
En Villaverde del Río!.

También el casco de la antigua villa supo mostrarse festivo para recibir las decenas de hermandades que bajo otras advocaciones vinieron a rendirle pleitesía. No pudieron permanecer indiferentes ante las varas de nardo, la custodia de plata, el balcón engalanado, el traje de fiesta, la música, la oración, el susurro callado delante de su paso custodia...

En Villaverde, Aguas-Santas,
De Villaverde Patrona
Que por las calles avanza
En su custodia barroca.

Calle de pueblo llano
Que se convierte en altar
Y en paso que avanza lento
Como el río hacia la mar.

Sin banderas ni estandartes,
Y costaleros sin costal,
Es la gente que la lleva
Y es su promesa el andar.

Su paso mejor custodia,
Su itinerario la aurora,
Y la mejor ofrenda un niño
A los pies de la señora.

Velero de nardo y clavel,
De cera y plata, goleta,
Chalúa, hermoso bajel,
Navío para el asceta.

Bronce que tañe en repique
De la torre de su templo
Que en mitad de la mañana
Anuncia a los cuatro vientos:

Que la Virgen de Aguas-Santas
Por siempre fue venerada,
Venerada por trece siglos
Y en el nuestro coronada.

Así es la devoción de mi pueblo y así se repite cada año con el final del verano, cada ocho de septiembre.

Aún recuerdo aquellas vísperas de septiembre, antes de empezar de nuevo el colegio, cuando todos los amigos de mi calle de arriba nos convertíamos por unos días en pequeños operarios de la escalera, las bombillas y los farolillos, para anunciar en la calle la fantasía del término del verano, la fiesta grande del pueblo, los días de la Virgen,... Recuerdo el esfuerzo ilusionado por colgar aquellas pesadas coronas de madera, de la que prendían farolillos blancos y verdes, que iluminados en la noche contrastaban con unas airoosas estrellas que los vecinos de la calle del medio lucían cada septiembre, como estrellas fugaces con cuentas de blancos farolillos.

Y no puedo olvidar aquella vez que siendo muy niño, cuando aún no superaba los diez años de edad, en un traslado de la Virgen al paso el día de su fiesta, en el que arriesgado subí al atril de la iglesia para describir la noche grande del ocho de septiembre:

Noche grande en Villaverde
De contrastes y armonía,
Es la noche de la Virgen
La noche de la alegría.

Cuando anuncia el campanario
Que la Virgen va a salir

Las campanillas del paso
Yo las quisiera sentir.

¿Es la puerta de la iglesia
O es la puerta de la gloria?
La Virgen no viene en paso,
La Virgen viene en custodia.

Todos sabemos de sobra
Que es alcaldesa perpetua
Pero le entregamos la vara
Para que guíe nuestra senda.

A su paso por la calles
Los devotos rezan ante ella,
Es el que quiere llevarla
Y sobre sus hombros tenerla.

Cuando a cada puerta llega,
Reuniendo la familia entera,
Allí se consuma la alegría
De posar un pequeño ante ella.

Es la limosna que oculta
Y que entre nardos se encierra,
Para que un día una falta
Podamos bien socorrerla.

Al alba de la mañana
Cuando van a recogerla
Es la puerta de su iglesia
La que arde como hoguera.

Allí se viva a la virgen,
Allí se puja meterla,
Es una puja valiente
De plegarias y promesas.

Y cuando el paso se pierde
Bajo el dintel de la puerta,
Aún resuenan en mis oídos
El eco de las promesas.

El eco de las campanas
Que tocaron para ella,
La que en su paso de gloria
Brillara como una estrella.

Y la voz que recordara
Aquellas últimas letras,
De tu salve Virgen pura,
Salve de tiempos de secas.

Viva Virgen de Aguas-Santas,
Viva nuestra gran Patrona,
Viva con Jesús su hijo
Eternamente en la gloria.

Amén repite el empero,
Amén los hombres entonan,
Amen todos y te alaben
Para siempre, gran señora.

Allá, igual que aquí en la ermita, en su capilla de la iglesia, Ella nunca está sola. Las oraciones de sus hijos siempre la acompañan. También la mirada de aquel soldado romano que nunca rehusó de su fe en Cristo. Sebastián le llamaban, y él cada día, retorciéndose por el dolor de los dardos de su martirio, sobre un leñoso tronco, la contempla desde el otro lado de la nave central de la iglesia. Él, uno de los primeros cristianos; Ella, la primera cristiana, devolviéndole la mirada para ver reflejados en él todos aquellos que sufren en un mundo injusto, colmado por los necesitados del tercer mundo, los que hoy sufren persecuciones en Asia o África, los pobres de América. Pero también desde los oprimidos a los no creyentes de la vieja Europa. Observa en él la autenticidad, la virtud, la caridad, la comprensión,...todo aquello que disfrutaría viendo en sus hijos que le dicen que la quieren, pero que en muchos casos no ve... Todo lo que hoy festejamos sería absurdo sin un verdadero compromiso cristiano.

No está sola. Le acompañan tres juanes: Juan Bueno, el pastor que a sus pies parece establecer un diálogo silencioso de fe; Juan Evangelista a un lado, que continúa recogiendo en los evangelios su impresionante testimonio de fe, aquel testimonio de María, presente en la vida pública de Jesús; al otro lado Juan

el Bautista, el profeta, siempre firme y rotundo, seguro de a quien bautizaba, el verdadero hijo de Dios y desde ese momento fiel custodio de la prima de su madre Isabel, Santa María de Aguas-Santas.

Entre los pilares que sustentan la cúpula elíptica de la iglesia, el Cristo de Vera-Cruz sigue dormido en un dulce sueño, bajo la atenta mirada de su madre de Aguas-Santas. Más allá, San José, su esposo, y Santa Ana, su madre. Desde arriba San Isidoro, aquel que propugnaría su devoción en tiempos de la aparición y que tal vez dió lugar a que el rey Alfonso X el Sabio la nombrase en sus cantigas. San Francisco, hermano mayor de los frailes que durante tanto tiempo la cuidaron, y San Rafael, con un pez, quizá un barbo, un albur o un picón como recuerdo de los antiguos pescadores del río, en una villa ribereña del Guadalquivir a la que debe su razón de ser pero que convivió con él entre el olvido y el respeto.

Y no está sola... María, en nuestra tierra, afortunadamente representada en cientos de advocaciones, encuentra junto a la venerada imagen de Aguas-Santas, a la magnífica efigie de la Inmaculada Concepción, Dogma que esta hermandad de Aguas-Santas defendió desde sus inicios. Y cercanas, las bellas imágenes de la Virgen de los Ángeles, advocación de la provincia franciscana, del Carmen y del Rosario, especialmente antiguas y señeras.

Y allí, en el ángulo más alejado del templo, tras la reja, María llora al hijo yacente en el sepulcro. Es María Santísima de los Dolores en su Soledad, la madre dolorosa que cada Viernes Santo recorre las calles de Villaverde, con la mirada hacia un lado, repitiendo la visión del hijo muerto que le precede en su paso. Permitidme recordarla dedicándole estas décimas como homenaje a su hermandad del Santísimo y la Vera-Cruz:

Una mujer me contaba
Tan solo hace unos días
Su pena pues no podría
Verla más en su ventana
Mientras su palio pasaba.
¡Cuánto dolor, cuánto llanto!
Ni su palio ni su manto,
Dejaron la calle llena,

Pues se encerró con su pena
La tarde del Viernes Santo.

Además, en la parroquia de la Inmaculada Concepción de Villaverde reside la Hermandad que da culto a Santa María de Aguas-Santas. Una de las más antiguas de Andalucía, a la que pertenecieron pontífices, reyes, cardenales, personajes ilustres, poetas, pintores y hasta el misionero fray Gaspar de Villaverde. Por ellos los títulos de real, pontifical y franciscana, muy antigua, devota, fervorosa e ilustre hermandad.

Uno de los momentos de mayor esplendor en la historia de Nuestra Señora acontece desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XVII. Es entonces cuando se construye el Convento Monasterio de Aguas-Santas del cual restan unas románticas ruinas, los "paredones del Convento". Coincide con la época de máximo esplendor de Sevilla, conocida como "Cabeza del mundo", "Potosí de Occidente", "Urbe celeberrima en todo el orbe", ciudad donde habitaban gran parte de sus devotos que fundaron la hoy extinguida Hermandad de Ntra. Sra. de Aguas-Santas de la ciudad de Sevilla, hecho constatado por las numerosas idas de la Virgen a la ciudad en rogativas. Sevilla es en ese momento puerto y puerta de América, una de las cuatro ciudades de mayor población del planeta, y posiblemente la capital económica, no solo de España, también de Europa, debido al exclusivo comercio de las Indias mediante la Casa de Contratación. Los mejores artistas, pintores, escultores y poetas se daban cita en Sevilla, coincidiendo con el culto en la ciudad a nuestra señora, y el mismo Lope de Vega así la describía:

Para alabar a Sevilla
Deja su Contratación
Y cuanto encierra, Girón
Del Guadalquivir la orilla.
Deja la Torre del Oro
Y aquellos barcos de plata
En que el indio mar desata
Su más precioso tesoro.
Deja la hermosa Aduana
Y el puente que en su orilla
Para alcanzar a Sevilla
Sirve de brazo a Triana.
Deja sus puertas y hermosos

Edificios y sus muros
Altos, del tiempo seguros
Y del agua temerosos.
Deja su famosa Iglesia
Y templo tan soberano
Que se le rinde el de Jano
Y la maravilla Efesia.
Deja sus plazas, teatros
De grandeza y de sustento,
Su Cabildo y Bastimento,
Jurados y veinticuatro.
Deja su insigne Alameda,
Su diversidad de calles,
Donde con envidia queda
Toda Europa...

Y yo añado:

Deja a Sevilla extasiada
Cuando la Virgen Bendita,
Milagrosa y pequeñita,
A la ciudad es llevada.
Deja a la villa extasiada
Cada vez que es trasladada
Y en el Hospital de la Sangre
La Virgen es venerada.
Pasa la puerta de Carmona
Para llegar al Salvador
Y sus naranjos en flor
Veneran a mi Patrona.
Bendice la casa de Pilatos,
En Águilas al gentío,
Y la Alfalfa como un río,
¡La ciudad en arrebato!.
Alcanzando el Arenal,
Y la Casa de la Moneda,
Mi alma se desenfrena
Al verla en la Catedral.
La santa y metropolitana
La mayor de todo el orbe,
De la invicta y de la muy noble,
De la ciudad mariana.

Con la Virgen de la Antigua
Y a los pies de San Fernando,
A todos fuiste salvando,
Tu devoción lo atestigua.
Y el Cabildo la alababa,
El Alcázar la seguía,
Las Atarazanas la intuían,
Y la Audiencia la velaba.
Sevilla entonces postrada,
A sus plantas los señores
Pidiéndole sus favores,
En la ciudad devastada.
Y hasta el río de Sevilla,
El Betis romano y godo,
El Guadalquivir sonoro,
De su estancia se maravilla.

Desde los corrales del Peral,
Del Conde o de Jerez,
Del barrio de San Bartolomé,
De Santa María o el Arenal.
De Santa Cruz y los Humeros,
De la Magdalena y la Carretería,
Su devoción se extendería
Desde España al Mundo Nuevo.
¡Virgen pura sin mancilla,
Que sirvió de mediación
Con Dios en su intercesión
Para la imperial Sevilla!.

Desde el poeta sevillano Alonso Díaz, autor de las quintillas de la Virgen, pasando por Vicentelo de Leca, Conde de Cantillana, hasta los anónimos alfareros, herreros, carpinteros, batihojas, horadadores, calafates, sastres, canteros, yeseros, bizcocheros, alarifes, jaboneros, especieros,...y un sin fin de gremios, dieron culto en esta época singular de Sevilla a la pequeña imagen de Aguas-Santas, impulsados por el Cardenal Rodrigo de Castro y la duquesa de Alcalá y Medinaceli.

De este esplendor de Sevilla, varias veces visitada por la Virgen coincidiendo con las estancias en la ciudad de ilustres personajes como Cervantes o la propia Santa Teresa; ciudad en la que después Murillo pintaría los lienzos de la aparición de la

Virgen, Villaverde, a tan sólo unas leguas de distancia y asimismo ribereña del Betis, ese río grande que en realidad desemboca en América y que desde Sanlúcar de Barrameda convertiría a la ciudad en la capital de Imperio, supo aportar su más preciado tesoro a la metrópoli. Por entonces soportó los mismos problemas, las epidemias de peste y las inundaciones del río, con una fe firme en su Patrona.

¿Os imagináis qué extraño sería Villaverde sin la Hermandad de la Virgen de Aguas-Santas? Te imaginas un ocho de septiembre convertido en cualquier día del año o una víspera de la Virgen sin hermanos para formar el rosario de hombres o sin hermandad para promover la novena? ¿Estamos villaverderos conservando lo más preciado que tenemos, la singular devoción a Ntra. Sra.

Con todas sus costumbres y tradiciones? Para esto es fundamental que las nuevas generaciones mantengan la fe, la devoción a la Virgen. Y reconoczcamos que es difícil en un mundo laico, con nuevas tecnologías que todo lo transforman continuamente, con nuevos problemas, con una visión diferente de la familia,...Cada vez que hacemos hermano o hermana a una nuevo miembro de nuestra familia, estamos encendiendo la primera llama de la fe, y debemos conservarla. Nuestra hermandad es multitudinaria, más de la mitad de los vecinos de Villaverde pertenecen a ella, y al hacerlo, estamos obligados a transmitir siglos de fe y de historia. ¡Qué hermoso un recién nacido que al poco tiempo de nacer es ya hermano de la Virgen! Mis hijos, Sol y Honorio, como la mayoría de vuestros hijos, son hermanos desde que nacieron y es responsabilidad de Sol, mi mujer, y mía, encargarnos de su fe y mantener la devoción que hemos venerado sus padres y sus abuelos. Tal es así que para mi hija todas la vírgenes son la de Aguas-Santas, aunque esté viendo la Virgen de los Reyes o la Macarena...

Y hoy quiero repetir con mis hijos los recuerdos en brazos de mi padre, cuando muy pequeño, esperaba con impaciencia, dentro de la iglesia, la primera levantá del paso de la Virgen. Esperaba nervioso las tres salvas antes de la salida, al llegar la Virgen al crucero, y delante del paso, el apretón de gentes al cruzar el dintel de la puerta, los vivas, los cohetes, el volateo de campanas,...y al llegar al rincón de la plaza, aún delante, entre los naranjos y las fachadas de cal y de albero, los sones de pasar los campanilleros, aguas, estrella sublime,...

Virgencita que guardas
La ermita y la ribera,
Siempre en cautela,
Que susurras al niño
Canciones bellas,
No dejes que el agua
Que brota de la peña,
Deje de alimentar
La fe del peregrino
Que quiere sanar
Su alma y sus penas.
Déjanos madre,
Sol de amores,
Cada primavera,
Saciar nuestra sed,
Andar el camino a pié,
Recorrer las sendas,
Cantar y bailar
Celebrando como se hace
Aquí en nuestra tierra,
La alegría de sentir que
No estamos solos,
Que la fe en ti nos ampara,
¡Virgen de mi cabecera...!

Al mediodía, aquella niña había llegado al Convento. Delante de ella se extendía un mar de casetas, adornadas de lentisco y adelfas. En ellas la amistad y el cariño permitían la más pura convivencia, donde todo se comparte y nadie es extraño. Qué bonita forma de celebrar la romería...

Como el niño estrena sus zapatos,
O la abuela espera en la caseta,
Así quiero sentirme, amigo,
Ilusionado y feliz ante la fiesta.

Como el jinete limpia su caballo,
El joven prepara la carreta,
El anciano se cuelga la medalla
O la madre cocina sus recetas.

Como el cohetero tira sus cohetes,
La niña escoge su peineta,
El tamboril y la flauta, el tamborilero,
O la costurera el traje de flamenca.

O el peregrino que cantaba
Sevillanas y rumbas por la senda
O la mujer que en silencio,
Callada, cumple su promesa.

Como fuente clara, pozo que mana,
Manantial celeste y nube cargada.
Como río caudaloso, mar en calma,
Sereno lago y acequia calada.

Como estanque dorado, cascada,
El agua es la vida y la esperanza,
Ella es el venero, ¡ella la inmensa nevada!
Ella es la madre de Aguas-Santas!.

El Convento era entonces una nube de sentimientos fraternos,
de devotos que buscan el amparo de la virgen chiquita que
desde su camarín de la ermita extiende su gracioso manto a
todos los romeros. Sólo basta verla entre las plateadas ovejas, el
pastor y las diminutas florecillas silvestres, para que el alma del
peregrino se embriague de gozo. A lo lejos, quizá desde alguna
caseta cercana a la ribera, se escucha la voz quebrada de un
hombre que canta unas sevillanas mientras rasguea la guitarra
flamenca:

El niño de la Virgen
Tiene limpia la cara,
Se la lavó su madre
Con agüita clara.

El niño de la Virgen
No tiene sueño,
Lo despertó un jilguerillo
Del campo trigueño.

Al niño de la Virgen
Le asustan los bueyes,
Le consoló su madre
Al rey de los reyes.

Al niño divino
La nana le canta,
Le arrulla al oído,
Después le amamanta,
Le peina los rizos
Con peines de plata,
Las ovejas le miran,
Le muge la vaca,
En la solitaria ermita,
Que es su tácita casa.
Y le dice a su madre,
"no quiero estar solo,
que venga los niños,
A jugar a esta casa,
Que yo les espero,
En la fuente que mana.
Que llegue el Convento,
Que vengan los puestos,

Los jarrillos de lata,
Que vengan los niños,
A jugar con mis aguas...

El sol alcanza su cenit y el calor empieza a notarse entre la arboleda. Nuestra pequeña amiga, cansada pero feliz, se quedó dormida en algún rincón de la caseta, después de todas aquellas viandas que llenaron su apetito... Entró en un dulce sueño, en el que aquel día duraba un larga temporada... Todo cuanto allí se vivía se prolongaba no tan solo por espacio de unas horas si no por días y días... Ojalá no fuese un sueño y el Convento fuese eterno...

El convento es armonía,
Es dicha y es sentimiento,
Es aquí en el convento,
La fiesta de la romería.

Es un derroche ese día,
Que vas viviendo por dentro,
Y te llena de contento
Y te colma de alegría.

Quizá yo me quedaría
Lo que no se lleva el viento
Ni las modas ni los tiempos
Y ello me ayudaría:

Es la Virgen que he cantado,
La que siempre he venerado,
El alma de Villaverde,
La perla de este recinto,
De este recinto sagrado.
Es la Virgen que me encanta,
De la que estoy a sus plantas,
A quererla me ha enseñado
Este pueblo enamorado
¡Es mi Virgen de Aguas-Santas!

He dicho.